

Los álamos de Centolen

Entre las muchas cosas que faltan a *Rentería* para ser una población, no ya modelo, sino regularmente dotada, la falta de "pulmones" es una que brilla más que estrella de primera magnitud en diáfana noche de Enero. En todo el casco de la población apenas si hay un espacio libre de ruidos y polvo y con algo de lo que hace agradable el panorama a la vista. No hay refugio para las almas quietas, para los espíritus cansados, ni siquiera para las niñeras ansiosas de buscar un rincón tranquilo donde, mientras correeteen los niños sin cuidado, hacer "media" para el novio soldado.

Esta verdad como un templo tiene sus compensaciones. ¡Gracias sean dadas a la Divina Providencia por haber dotado a nuestros alrededores de magníficos lugares donde, reposando de apacible digestión, dejar divagar la vista entre las frondas verdes y los recovecos umbríos, soñando despiertos en dulces "sin-sorgadas"! A ella sólo debemos que los pulmones, intoxicados de tanto humo de fábricas y tabernas, polvo de "obras" a medio terminar desde luengos años, etc., puedan respirar aire puro de vez en cuando, mientras goza la vista y descansan los "pinreles"; porque, eso sí, para disfrutar de estas ventajas hay que utilizar el "coche de San Fernando".

Uno de estos lugares de solaz espiritual, nos lo ofrecen estos árboles del camino de Centolen, que, según de donde se miren, parecen balaustrada del mirador de un gigante o peristilo de un templo griego con la bóveda celeste como cúpula. A sus pies se puede contemplar el maravilloso panorama del valle del Oyarzun, el "Saltus Oiarso" de Plinio, ubérrimo, rutilante, bellissimo, en la ofrenda mágica de su colorido, a cuyas gamas todas alabanzas son pocas cuando, sin materialismos, se le mira con los ojos del alma. Hay en él, desde la reciedumbre del Jaizkibel, adelantando su pecho cubierto de óxido por los siglos, hasta las recogidas faldas del Biandiz y las violáceas Peñas de Aya, historia como para parar un tren. Pero, ¡dejémonos de historias!: que sólo queremos gozar del paisaje, respirar la pureza de los aromas del heno mecido por las auras cantábricas y, no podemos evitarlo, recordar un poco...

Allí vemos *Rentería*, blanco y rojo y con la mole siena sucia de su torre en medio de negruzcas chimeneas. También vemos el Oyarzun serpentear entre vergeles (si no lo son, desde aquí lo parecen) y huertas, dando el contraste plata al verde veronés y esmeralda de los campos.

Más cerca tenemos algunos árboles, semi-ocultos en un declive, como avergonzados de supervivir a aquel frondoso bosque de "Marcola", verdadero templo de Cupido y donde un amador, "vestido" de burro (singular símbolo), vió sus amorios premiados con la cárcel. Allí, más lejos, serpentea la carretera general color plata oxidada, aguantando, impávida, el trepidar de una "cucaracha con ruedas". En el centro, el cónico Urcabe, sobre el que se recuesta el terroso Oyarzun con su románica torre cuadrada y su disperso caserío, ofrece las negruzcas frondas de un pinar al colorido general. Más lejos, clavadas en el azul, las Peñas de Aya... ¿Para qué seguir? Todos conocéis el paisaje,



y si queréis emborracharos de verde, de mucho verde en todos sus tonos, desde el cadmio amarillento al greco casi negro, y disfrutar de quietud, silencio y serenidad, os recomiendo el lugar.

En lo que a mí cabe, nunca podré olvidar la primera impresión que este balcón magnífico me causó. Era allá en aquella época en que los chavales buscábamos el monte con más ansia que las cabras. (De esto hace una veintena de años.) Un buen día por la tarde —tania que ser jueves—trepamos, Agustinas arriba, con un fulgor de aventura en los ojos y una ilusión en el alma, varios amigos (¿os recordáis?) y yo. Queríamos ver el "aeroplano de Centolen" y creíamos que este aparato maravilloso podía ser guardado como un simple automóvil en cualquier tejavana. También queríamos ver los pavos reales. ¿Qué chaval de entonces no ha ido, por lo menos una vez, a contemplar sus pompas orientales?

Excusado es decir que "no estaba" el aeroplano y que los pavos reales, dando un mentís a su fama, no pavonearon la gala de sus plumas ante nuestros defraudados ojos. Y así, un tanto mustios, soñando con un forzoso aterrizaje del aviador "al cual, a riesgo de nuestras vidas, salvaríamos heroicamente entre los restos flamígeros del caído avión", nos volvíamos, cuando surgió la columnata mágica de estos álamos y su esplendoroso fondo. Entonces me di cuenta de su belleza, belleza junto a la cual pasé antes, ciego con mi anhelo, sin ver la realidad por un sueño. ¡Lamentable verdad!

Mis compañeros, más prosaicos, continuaron hacia el pueblo. Yo me quedé, arrobado, con el alma en suspenso. No volví hasta que ya al atardecer agotó todas sus penumbras y la noche se impuso. Buscando, en mi ignorancia juvenil la Cruz del Sur entre las incipientes luminarias, caminé hacia casa como aquel poeta que dijo:

Me alcé allí en la colina silenciosa
y del cielo sorbí la luz radiosa
hasta cegar mis ojos en estrellas.
¡Y aun miré más al cielo... y más a ellas!

Así, cuando me vi ante las luces de Calle Arriba, se me erizaron los cabellos al considerar que había pasado junto a los cementerios ¡de noche ya y sin darme cuenta...!

Sí; ¿cómo no recordar a los árboles de Centolen...?

M. ARACAMA.